

Luis Britto García

Ideologización de la historia y Descolonización de la memoria

**LEYENDA NEGRA CONTRA LA
DEMOCRACIA VENEZOLANA:**

Turba y sociedad civil

Coordinación de la colección

Luis Felipe Pellicer
Simón Sánchez

Coordinación editorial

Eileen Bolívar

Asesoría editorial

Marianela Tovar

Diseño de la colección

Aarón Mundo
Gabriel A. Serrano S.

Diseño de portada

Gabriel A. Serrano S.

Diagramación

Gabriel A. Serrano Soto

Corrección

Miguel Raúl Gómez

Ideologización de la historia y Descolonización de la memoria
LEYENDA NEGRA CONTRA LA DEMOCRACIA VENEZOLANA:
Turba y sociedad civil

Luis Britto García
Primera edición, 2014

© Fundación Centro Nacional de Historia.
Final Av. Panteón, Foro Libertador,
edificio Archivo General de la Nación, P.B.
Caracas, República Bolivariana de Venezuela
www.ministeriodelacultura.gob.ve
www.cnh.gob.ve
www.agn.gob.ve

Depósito legal LF2282014900567
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

Presentación de la colección

La Colección Difusión tiene como objetivo la socialización del conocimiento histórico a través de la masificación de textos escritos con un lenguaje sencillo y ameno dirigido a la colectividad para dar a conocer temas de diversa índole, entre ellos: metodología, estudios regionales, locales, períodos y acontecimientos, biografías y ensayos históricos, entre otros. Todo esto con el fin de fortalecer el proceso de democratización real de la memoria nacional y dar continuidad al proceso de inclusión a partir de la divulgación de nuestra memoria histórica.

Junto con la revista *Memorias de Venezuela*, esta colección viene a fortalecer el objetivo de difusión masiva de nuestra historia, objetivo esencial del Ministerio del Poder Popular para la Cultura a través del Centro Nacional de Historia y el Archivo General de la Nación. Se trata de seguir cumpliendo con el propósito de hacer una historia del pueblo, para el pueblo y con el pueblo; un objetivo central del Gobierno Bolivariano tal como lo expresa el comandante presidente Hugo Rafael Chávez. En definitiva, este proyecto se propone reforzar esa idea de que la historia es fundamental para el fortalecimiento de nuestra identidad y nuestra dignidad como pueblo, y también para empoderarnos de ella y enfrentar los desafíos en la construcción de la Patria Socialista.

D

COLECCIÓN
DIFUSIÓN

Edades oscuras, fábulas sombrías

Somos nuestra memoria. Sólo sabemos lo vivido, lo experimentado, lo sufrido, lo reelaborado. Nuestra guía para el presente y el futuro es el pasado. Si nuestra Historia está ideologizada, también lo estará nuestro porvenir; si nuestra memoria está colonizada, también lo está nuestro Ser. Liberar nuestro pasado es liberarnos.

La Historia de Venezuela, como la de cualquier otro país, descansa sobre una serie de mitos cómplices que no resisten un examen detenido. Estos mitos la mayoría de las veces son instrumento de una razón de Estado. En agosto de 1572 Felipe II expide una Real Cédula ordenando que se escriba la Historia de las Indias: “Sabed que deseando que la memoria de los hechos y cosas acaecidas en estas partes se conserve, y que en el nuestro Consejo de las Indias haya la noticia que debe haber de ellas y de las otras cosas de esas partes, que son dignas de saberse; hemos proveído persona á cuyo cargo sea recopilarlas y hacer historia de ellas”. Desde entonces, una trenza de fábulas enfrenta a un pueblo supuestamente bárbaro, degenerado, violento y autoritario, contra élites supuestamente predestinadas para conducirlo por la maña o la fuerza hacia modelos de modernización ecuménica.

Surge así una Leyenda Negra que se resume en dos falacias. Una postula que la ineptitud de nuestro pueblo para la democracia y la civilización habría cristalizado en una ininterrumpida dictadura que apenas concluye en 1945 o 1958. La otra miente que sólo a partir de esa fecha las élites le imponen al pueblo formas políticas representativas para elevarlo contra su voluntad hasta paradigmas civilizatorios superiores, cuyas últimas versiones serían el desarrollo dependiente o la globalización. A lo largo de medio milenio el discurso dominante labora para transfigurar estos infundios en dogmas. Estos artículos de fe son nudos gordianos que han de ser cortados para que accedamos a la plenitud de nuestro Ser.

Tan conocida gente de vicios

Como bien sabe todo genocida, no se puede exterminar o esclavizar poblaciones enteras sin antes aniquilarlas moralmente, o lo que es lo mismo, semiológicamente. Al descubrir Venezuela, Colón sueña haber encontrado el Paraíso. Los cronistas de Indias alucinan que este Edén está poblado de demonios. Gonzalo Fernández de Oviedo dice que “esta gente de su natural es ociosa e viciosa, e de poco trabajo e melancólicos e cobardes, viles y mal inclinados, mentiro-

son e de poca memoria, e de ninguna constancia”. Oviedo y Valdés los apostrofa como “naturalmente sucios, y mal inclinados”. López de Gomara insulta a los indígenas como “holgazanes, vanagloriosos, vengativos y traidores”, y concluye “en fin, digo que nunca crió Dios tan conocida gente en vicios y bestialidades sin mezcla de bondad o policía” (Gabaldón Márquez 1948: 21-42). Releamos estos dictérios: “gente ociosa e viciosa”, “de poco trabajo”, “holgazanes”, “viles”. Son los que repiten hasta hoy pseudocientíficos y demagogos a quienes esos mismos seres “de poca memoria” alimentan.

El genocidio moral legitima otro físico que aniquila cerca de dos centenares de naciones aborígenes que poblaban el territorio que hoy es Venezuela. Dos operaciones residuales perpetúan ambos holocaustos. La primera es la sistemática omisión del pasado indígena: en los textos escolares se elude o se abrevia hasta la insignificancia la explicación sobre los primeros veinte milenios de poblamiento humano en el país, las mitologías indígenas son excluidas de las Escuelas de Letras. La segunda consiste en la leyenda simplificadora de que nuestros primeros pobladores sólo habrían estado organizados en bandas mantenidas mediante la violencia interna y externa. Tales omisiones y simplificaciones prolongan para la contemporaneidad la Leyenda Negra que los conquistadores urden contra las sociedades indígenas y ante todo contra los pueblos de cultura caribe. Como resultado de ella, la Corona permite esclavizarlos, y se califica de caribes a cuantos indígenas se desea avasallar.

Similares operaciones de aniquilación por acción u omisión se llevan a cabo contra los africanos y sus descendientes. Nuestra Historia por lo general soslaya sus diversas culturas y orígenes, descuida compilar sus mitologías, ni siquiera se ocupa del estudio de sus lenguas primigenias o de la reconstrucción de sus costumbres originarias. Obras seminales, como *Vida de los esclavos negros en Venezuela de Miguel Acosta Saignes* (Acosta Saignes, 1978), apenas comienzan a llenar este insondable vacío.

El primer nudo gordiano a cortar en nuestra Historia es el que falsifica y aísla nuestros múltiples orígenes.

Los siglos inútiles

Abreviaremos las tres centurias de coloniaje que Bolívar calificó de manera fulminante como “los siglos inútiles”. Durante ellas la libertad, igualdad y fraternidad natural de los indígenas son destruidas por élites violentas en nombre del proyecto ecuménico de la catolicidad y de la monarquía universal española. La democracia natural

es doblegada por el autoritarismo vertical, la comunidad indígena sustituida por la extrema desigualdad en la concentración de la propiedad; la sociedad sin clases, suplantada por la de castas, cuyo cimiento y razón de ser es el prejuicio. Éste discrimina no sólo contra los avasallados indígenas y los esclavizados negros: también, contra los blancos criollos (excluidos de los principales cargos), y contra los mayoritarios pardos (execrados del sacerdocio y de las profesiones liberales). Infinidad de prescripciones enfadosas expresaban y acentuaban tales prejuicios. A las “castas viles” les estaban prohibidas las ropas finas, las mantillas, las alfombras en la iglesia, los adornos de plata. Cuando Felipe V crea la Real y Pontificia Universidad de Caracas el 22 de diciembre de 1721, es sólo para alumnos “limpios de toda mala raza”; y así perdura hasta la reforma de Bolívar en 1827. El prejuicio es fuente de ingresos para la Corona: la Cédula de Gracias al Sacar de 10 de febrero de 1795 dispensa de la calidad infamante de pardo mediante el pago de 500 reales de vellón, y de la de quinterón, por el precio de 800. Contra estos blanqueados burocráticamente escribe escandalizado el Marqués del Toro que “al alternar con los blancos los van a deshonar”. Y, consternado, añade que “lo que es más digno de llanto, esta Real Cédula franquea la ocasión para que entren a influir en el gobierno público unos hombres de infame y torpe linaje, faltos de educación, fáciles de moverse a los más horrendos excesos y de cuya fiereza propia de sus mismos principios y de su trato, sólo pueden esperarse movimientos escandalosos y subversivos del orden establecido por las sabias leyes de la dominación española”.

Esta pirámide de desniveles no sepulta la cultura democrática. La historia de la Colonia es la de una solapada guerra de las llamadas “castas viles” para conquistar fueros y prerrogativas. El sentimiento igualitario alienta un rosario de rebeliones indígenas, de cumbes de esclavos cimarrones y de conspiraciones y alzamientos precursores, como los de Juan Francisco de León, José Leonardo Chirino y Gual y España. En cada una de la veintena de ciudades importantes de la Venezuela colonial funciona un Cabildo, en el cual ejercen la representación con voz y voto sobre cuestiones fundamentales los vecinos. Éstos convocan, ciertamente, apenas un 5% de la población, pues de dicho cuerpo colegiado están excluidos pardos, esclavos e indígenas, salvo en los llamados pueblos de indios. A pesar de todo, los cabildos frecuentemente se oponen a las políticas de las autoridades peninsulares, cuestionan a los funcionarios nombrados por éstas, y en ocasiones reúnen a la totalidad de la población en cabildos abiertos. Uno de ellos decide en 1810 la deposición del Capitán General y la Declaración de la Independencia de Venezuela: la primera rebelión americana exitosa contra el Imperio español.

Esta prolongada subordinación tricentenaria es cubierta con los recursos de la simplificación, de la omisión o del supuesto aislamiento. Se pinta al territorio que después sería Venezuela como región aislada del mundo. En mis estudios *Demonios del mar: piratas y corsarios en Venezuela 1518-1727*, y *Señores del Caribe: Indígenas, conquistadores y piratas en el mar colonial*, verifiqué centenar y medio de incursiones piratas documentadas en unos dos siglos, y la constante introducción de mercancías y libros prohibidos por los navegantes ilegales. El segundo nudo gordiano que debemos cortar para comprendernos es el que sepulta bajo el olvido o la simplificación nuestro pasado colonial.

Todos somos iguales

Cada cambio de titularidad de la clase dominante es acompañado de una transitoria alza de los títulos del pueblo en la Bolsa de valores retóricos. ¿Se declara la independencia? Las “castas viles” pasan a ser “Bravo pueblo”. Según el Himno Nacional éste comprende, juntos pero no revueltos, primero al Señor que gritaba “abajo cadenas”; luego, al pobre que en su choza “libertad pidió”. ¿Concluye la gesta independentista, al precio de la muerte de un tercio de los pobres que pidieron libertad? Ahí está listo el operativo legal que niega la liberación de los esclavos decretada por Simón Bolívar desde 1814 y detiene el ofrecido reparto de tierras, y la maquinaria retórica que durante la República oligárquica devuelve a su choza conceptual a las masas. Pues, si las declaraciones de principios consagran un igualitarismo teórico, las constituciones reservan el derecho de elegir y ser elegido a aquellos que tienen bienes de fortuna, y la concentración de la propiedad latifundista y el aparato ideológico perpetúan el ostracismo social contra las mayorías mestizas, negras, indígenas o simplemente pobres. El plan consagra de nuevo la inmolación de las masas a otro proyecto modernizador ecuménico: el liberalismo económico, que inspira normas atroces contra los deudores. Sólo se admite la democracia formal en lugar de, o en contra de la económica y social. Cuando muere Bolívar en 1830, se intenta volver a los afrodescendientes a la esclavitud y a los pardos al ostracismo social. La sociedad de castas es suplantada por su avatar, la República oligárquica.

Sólo los propietarios son buenos ciudadanos

Este ideario es expresado con la mayor nitidez por el conservador Cecilio Acosta (1818-1881). En su artículo de 1847 “Lo que debe entenderse por *pueblo*” resume la tesis medular de la llamada República oligárquica: “No lo olvidemos: pueblo, en el sentido que noso-

tros queremos, en el sentido que deben querer todos, en el sentido de la razón, es la *totalidad de los buenos ciudadanos*". Y ello quiere decir que "los buenos ciudadanos deben tener propiedad, o renta". Justificaba así las constituciones censitarias que excluían del derecho a elegir y a ser elegidos a los no propietarios: a la inmensa mayoría de los ciudadanos de la época. Añade Acosta: "Guardémonos de las revoluciones como de la mayor calamidad" (Cecilio Acosta, en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX*, Presidencia de la República, Caracas 1961, 59-67).

Así como el rey Felipe II valora la Historia como elemento indispensable de dominación sobre las Indias, la consideran los insurrectos clave de la consolidación de la Independencia. La República no sólo hace Historia: está ansiosa de verla escrita. Las autoridades necesitan definir un nuevo espacio histórico, que atribuya un lugar preponderante a la gesta independentista y, por consiguiente, al poder surgido de ella. La Historia pasa así a instrumento de legitimación del nuevo poder.

Para ello, se inicia una sostenida tarea de preservación y compilación de documentos históricos, con énfasis en los atinentes a la gesta emancipadora. Francisco Javier Yáñez y Cristóbal Mendoza compilan en 22 volúmenes una vasta colección de documentos sobre la vida del Libertador, que es publicada entre 1826 y 1833. Ramón Azpúrua y José Félix Blanco compilan otros 14 volúmenes sobre el mismo tema, publicados a partir de 1875.

De la compilación se pasa prontamente a la redacción de una nueva Historia. Ya en 1840 Francisco Javier Yáñez publica un *Compendio de la Historia de Venezuela*, a los cuales añade posteriormente la *Historia de Margarita e Historia de la provincia de Cumaná*.

Pero la obra culminante en el género es el Resumen de la Historia de Venezuela que Rafael María Baralt y Ramón Díaz publican en 1841 en tres tomos de elegante prosa, dos de los cuales exaltan las décadas de la Independencia con más extensión y fervor que los siglos de la Colonia. La encarga y subvenciona el Congreso, y se traban animados debates públicos sobre su contenido, que exalta o disminuye sensibles prestigios.

La refundación intelectual de la República en el tiempo ha de ser acompañada por una delimitación en el espacio. Las autoridades encomiendan a Agustín Codazzi la investigación y redacción indispensable para una *Geografía de Venezuela*.

Junto a estos trabajos históricos y geográficos fundacionales destacan los monumentales escritos autobiográficos que describen la participación pública de sus autores. El edecán del Libertador Daniel Florencio O'Leary deja unas extensas y detalladas *Memorias*, que se publican a partir de 1879. A ellas se suman las del lancero Braulio Fernández, *los Diarios*, como el de Sir Robert Ker Porter, o las autobiografías, como la de Páez, que el prócer publica en su vejez, o los numerosos testimonios de combatientes de la Legión Británica, o de viajeros naturalistas como Dauxion Lavaysse.

Esta reescritura de la Historia se hace bajo una clave romántica que disimula u omite los conflictos sociales. De creerle, durante los catorce años de la Guerra de Independencia una Pléyade de semidioses habría descendido del Empíreo a abrumarnos con hazañas incomparables, para después desaparecer y dejarnos sumidos en tinieblas. Es la tónica de la *Historia* de Rafael María Baralt y Ramón Díaz, y del énfasis epopéyico de la *Venezuela Heroica*, de Eduardo Blanco.

A veces esta discriminación política y social está explicitada en la segregación semiológica. Así, Rafael María Baralt y Ramón Díaz en su clásico *Resumen de Historia de Venezuela* publicado en 1841, atribuyen al pueblo venezolano “desapego a toda especie de sujeción y de trabajo, indiferencia por la cosa pública, el amor genial del hombre salvaje por la independencia, y una dulzura de carácter que provenía a un tiempo de indolencia, falta de energía y bondad del corazón” (Baralt y Díaz: 1939, T.I, 461). Apenas una década después Juan Vicente González, en su *Biografía de José Félix Ribas*, describe la rebelión social desencadenada por la Guerra de Independencia (y que en definitiva asegurará el triunfo de ésta) como “una horda de esclavos rebeldes, especie de fantasmas, medio desnudos, informes, seguidos del incendio y del asesinato”.

Y sin embargo, la continua presión de estas masas durante el primer siglo de vida republicana fuerza considerables avances. Las crisis desatadas en la economía dependiente por la baja en la exportación de sus productos propician sublevaciones. La democracia, y por sobre todo la igualdad, serán sus metas. Ya en 1854, el presidente José Tadeo Monagas decreta la libertad de los esclavos, más de una década antes de que Estados Unidos adopte igual medida. La Constitución de 1858 de nuevo se adelanta a las legislaciones europeas y estadounidense al consagrar el sufragio directo y universal: tienen derecho a elegir Presidente, Vicepresidente y congresantes todos los ciudadanos varones mayores de 21 años, sin distinción de riquezas. Salvo contadas excepciones, el sufragio universal, directo y secreto

será la norma en la mayoría de las constituciones y procesos electorales siguientes, hasta que llega a su plenitud en 1944, cuando bajo la presidencia de Isaías Medina Angarita se concede el voto a las mujeres, también mucho antes que en varios países europeos.

El tercer nudo gordiano que debemos cortar antes de acceder a saber quiénes somos es el que alternativamente cubre nuestra primera vida republicana con los visajes del heroísmo suprahumano seguido por la paralizante e invencible barbarie.

Civilización contra Barbarie

A finales del siglo XIX y principios del XX, la pintoresca procesión de insultos contra el pueblo intentó revestir un lenguaje “científico” invocando las fórmulas de un Positivismo de Indias que no fue, en la mayoría de los casos, más que racismo pedante. Así, para Laureano Vallenilla Lanz, en *Cesarismo democrático*, era el nuestro “un pueblo semibárbaro y militarizado en el cual el nómada, el llanero, el beduino prepondera por el número y la fuerza poderosa de su brazo”, sujeto a atavismos indominables, y sólo refrenable mediante gendarmes necesarios (Vallenilla, Ediciones Bohemia, s.d. p. 34). Gil Fortoul, por su parte, en la *Historia Constitucional de Venezuela*, sostenía que “en conjunto, el español de la conquista fue arrogante y épico (caracteres que se reproducen ocasionalmente en el criollo de la Independencia); el indio era grave y candoroso; el negro, infantilmente alegre y voluble”; mientras que el mestizo, resumen de todos, presentaba “debilidad orgánica, debilidad intelectual, aunque pasajera, pues la misma raza mezclada ha revelado más tarde una mentalidad superior”(Fortoul, T.1, vol. II, Ediciones Bohemia, s.d. p. 147). De creerles, descenderíamos de etnias inferiores, y la mezcla de ellas sería peor. Nuestro pueblo, por tanto, estaría condenado a ser inferior por “atavismos” étnicos heredados, y a ser gobernado en forma autoritaria por élites nacionales o foráneas étnicamente superiores. Los más drásticos racistas del Viejo Mundo hubieran suscrito sin el menor inconveniente tales opiniones.

Nuestra absurda democracia

Algunos sicólogos, como McClellan en *The achieving society*, analizan minuciosamente la literatura de ficción de un pueblo para comprender las motivaciones de éste. Quizá sea ilustrativo examinar el discurso ficcional que se desarrolla como contrapunto al sistema positivista.

En sus ensayos de *La alborada*, Rómulo Gallegos llamó a las masas venezolanas “tardas e ignaras”, con un “campo limitado de su vida de inteligencia” y una cultura “mezquina y tardía” debida a las “funestas cualidades de la herencia” (Gallegos: 1954, 5-85). Estas atribuciones peyorativas se reflejan también en sus novelas: en la segunda página de *Doña Bárbara*, caracteriza a un asesino como uno de esos “hombres inquietantes, de facciones asiáticas, que hacen pensar en alguna semilla tártara caída en América quién sabe cuándo ni cómo”, un “tipo de razas inferiores, crueles y sombrías”, es decir, aborígen. Al final de *La Trepadora*, elogia la ascensión social de Victoria Guanipa, cuya abuela habría quitado al aristócrata Jaime del Casal “lo mejor de la sangre” al hacerse embarazar por él, para que la nieta pueda aspirar a tomarle a la misma familia “el nombre”.

Mientras que en *Tierra del sol amada*, el criollista y criollísimo José Rafael Pocaterra deplora que:

La pardocracia, apenas salvados ligeros obstáculos, tomando como bandera ‘reivindicaciones populares’ y avasallando con insensata demencia hombres, principios e ideas mal o bien representadas, invadió el seminario, el hospital, la universidad por la fuerza de la mayoría en el desorden; y el mulato se hizo abogado, y el abogado se hizo ‘hombre público’, mientras que de los campos incendiados y de las sabanas pilladas una fracción de los colonizadores, hija directa de los conquistadores, trajo sus miembros a la alianza de la ciudad invadida, sin otra esperanza que esa misma alianza porque la fortuna la arrebató la guerra y la selección fue anulada por la necesidad...

En este florilegio de denuestos tiene su delicado lugar la voz femenina. Cuando María Eugenia Alonso, la protagonista de *Ifigenia*, de Teresa de la Parra, regresa a regañadientes desde París, encuentra las calles de Caracas llenas de “negritos o mulatitos que apenas sabían andar, verdaderas visiones simiescas”. El tío Panchito, el oráculo positivista de la novela, explica que en esa fusión de razas “sólo triunfa la equivocación y lo grotesco”. Y añade que en el mulato “se encierra la causa de toda nuestra inquietud, de todos nuestros errores, nuestra absurda democracia, nuestra errante inestabilidad...”.

No debemos llamarnos a engaño: con frecuencia el narrador ama a ese pueblo del cual el ideólogo denigra. Lo terrible es que los tres son una misma y única persona: la miseria del prejuicio sólo alcanza su cumbre cuando obliga a su víctima a aborrecerse. Con Laureano Vallenilla Lanz a la cabeza, una intelectualidad y una élite aceptan la autocracia del Gendarme Necesario como antídoto contra la su-

puesta barbarie popular. Estas tesis sirven de coartada para las dos dictaduras andinas que cubren el primer tercio del siglo XX. En su única expansión oratoria, dice el déspota Juan Vicente Gómez: “El pueblo está callado”. Los poderosos hablan por él, o contra él.

El cuarto nudo a cortar antes de conquistar nuestra identidad es el del pseudocientífico prejuicio étnico positivista contra nuestro pueblo, vale decir, contra nosotros mismos.

Colaboración de clases contra lucha de clases

Gómez muere en 1935; el éxodo campesino repleta las ciudades. El “pueblo semibárbaro” convocado antes para sellar la Independencia, hacer triunfar la Federación y custodiar la paz positivista, es ahora llamado para legitimar el nuevo proyecto de colaboración de clases llamado populismo. Es todavía levantisco: protagoniza manifestaciones, hace huelgas petroleras. Para amansarlo hay un nuevo hombre providencial, el Demócrata Necesario, y un novedoso artilugio retórico descalificador: el Juanbimbita.

Juan Bimba o Juan Bimbe se llamaba al “salvaje”, “semibárbaro”, “rebelde” pueblo venezolano a finales del siglo XIX, no sin temor de la “fuerza poderosa de su brazo”. Corresponderá a los dibujantes Leoncio Martínez y Manuel Martínez caricaturizar a partir de 1936 al antiguo centauro como un indigente rural anémico, lastimero, de hombros caídos, que con el sombrero en las manos gime, suplica y espera. El discurso político exagera y fija esta imagen, hasta que Juan Bimba es desterrado de la propaganda política populista a fines de los años sesenta del siglo XX por los asesores estadounidenses David Garth y Joe Napolitan. Por consejo de ellos Carlos Andrés Pérez deja sus sombríos trajes oscuros de ministro de Relaciones Interiores y asume para sus campañas la vestimenta del marginal urbano.

En *La máscara del Poder* y en *El Poder sin la máscara* analicé muestras de textos de líderes populistas de unas 25.000 palabras de extensión, para censar y clasificar las atribuciones que realizaban en relación al pueblo venezolano. De las 225 menciones verificadas en los mismos, 198 lo presentan como ente pasivo; 90 lo describen como mero receptor de cosas, y 51 lo definen por sus carencias. Los calificativos que más se le dedican son (en orden de frecuencia): *receptor de alimentos, hambriento, receptor de aumento de salarios, se organiza, volante, objeto de análisis, explotado, receptor de educación, luchador, pobre, receptor de*

ayuda, vicioso, ignorante, e incapaz de mejorar por sí mismo. En sustancia, un resumen de las descalificaciones infligidas a los venezolanos en cinco siglos de historia (Britto: 1990, 67-85). Este mensaje ha sido reciclado durante más de medio siglo por el poder político en un intento de asemejar al receptor a su contenido: no participativo, carente de autoestima, pasivo, y prejuiciado, pero contra sí mismo.

De la Leyenda Negra del populismo político no disienten notables ensayistas literarios de la época. Así, Mariano Picón Salas en *Comprensión de Venezuela*, deplora en el venezolano el “no hacer, no opinar, no manifestarse”, su “falta de cooperación”, su “militarismo”, su “caudillismo” y su “hosca guazábara”. Arturo Úslar Pietri, en *Las nubes*, le reprochará al venezolano que “mira el trabajo con indiferencia”, quizá por la “esclavitud hereditaria impuesta”.

La modernización deberá, por tanto, operar por vía genética: Alberto Adriani recomienda los planes inmigratorios como un artilugio para blanquear al pueblo venezolano importando europeos caucásicos. En 1926 escribe que “el peligro negro es el más grave y su solución es más difícil. (...) Por muchas razones el negro ha sido, en los países americanos, un factor de deterioración cuando las razas se han mezclado, o de desorden cuando han permanecido separadas. En nuestro país han sido la materia prima, el elemento en el cual reclutaron sus ejércitos casi todas las revoluciones. Un aumento sensible de la población negra podría turbar el desarrollo normal de nuestras instituciones democráticas y de toda nuestra vida nacional, y sobre todo, comprometer gravemente nuestra unidad moral. (...) Se debería prohibir la inmigración amarilla e india y restringir en lo posible la negra, marcando la preferencia por la inmigración europea, aun cuando para comenzar tal preferencia pueda resultarnos onerosa. (...) El ideal sería poseer una población blanca homogénea, lo cual es imposible, pues nuestro territorio contiene una gran proporción de indios y de negros” (Adriani: 1998: 86-88).

El pintoresco utopista Ramiro Navas propondrá explícitamente en su *Bloque de Oro* un plan de “blanqueo” parecido. Propuestas similares cumplirán desde el poder Rómulo Betancourt y el dictador Marcos Pérez Jiménez. Y Francisco Herrera Luque, en *Los viajeros de Indias*, resucitará el tópico positivista de las taras genéticas, al sostener que la violencia del venezolano se debe a la herencia sicopática de los conquistadores.

La Historia comienza en Punto Fijo

La colaboración de clases populista se sella en 1958 con el Pacto de Punto Fijo, en el cual los partidos del estatus adoptan un programa común, acuerdan limitar el debate político a planchas y candidaturas, y excluyen a comunistas y socialistas. Durante casi medio siglo impera este convenio que una vez más utiliza la democracia formal en lugar de, o en contra, de la económica y social.

El nuevo poder, como todos los anteriores, se fundamenta tanto en una Leyenda Negra que descalifica al pueblo como en otra que denigra del pasado de éste. Así sostiene Salcedo Bastardo en su *Historia fundamental de Venezuela* que en el acontecer nacional anterior a 1936 están “perdidos veintiún lustros” (Salcedo Bastardo: 1969, 713). El aparato propagandístico de Acción Democrática siembra la convicción de que este partido y sus dirigentes serían la única luz en esta noche oscura. Mediante encuestas verifiqué que a mediados de la década de los ochenta del siglo XX muestras significativas de los estudiantes universitarios creían que dicho partido había sido el primero creado en Venezuela; que su candidato Rómulo Gallegos fue el primer presidente electo por el pueblo; que dicha organización habría inaugurado la participación política en el país. Cuando es lo cierto que desde el comienzo de la vida republicana actuaron los partidos conservador y liberal y luego infinidad de organizaciones; que antes de Gallegos catorce presidentes fueron elegidos por el pueblo; que la Independencia es decidida en un Cabildo abierto en 1810 y que desde 1844 infinidad de manifestaciones urbanas influyen en el destino de la colectividad (Britto: 1990, 237-294). Son las realidades que intentan soslayar escritos panegíricos como el *Rómulo Betancourt, político de nación* de Manuel Caballero (Caballero: 2004), y que apenas comienzan a denunciar descarnadas críticas como el *Betancourt, procónsul imperial*, de José Sant Roz (Sant Roz: 2010).

Hablemos claro: tanto la mitología de la catequesis, como la de la epopeya romántica, como la de la inferioridad genética positivista, como la de la colaboración de clases, son máscaras que intentan disimular el enfoque clasista de la Historia de Venezuela, esbozado por clásicos como *Hacia la democracia* de Carlos Irazábal, u *Orígenes de la economía venezolana* de Antonio Arellano Moreno, y por obras fundamentales como la *Historia económica y social de Venezuela*, de Federico Brito Figueroa y la *Economía colonial de Venezuela* de Eduardo Arcila Farías.

Por tanto, el quinto nudo de nuestra Historia ha de ser cortado con la espada de la interpretación materialista y clasista, para

desmontar la mitología populista que intentó confundir colaboración de clases con voluntad popular, y a ésta con ineptitud, carencia y pasividad.

Del populista necesario al genocida necesario

El populismo legitimado por tales infundios perdura precariamente mientras sus políticas distributivas alientan la esperanza de la deseada democracia económica y social. Pero lo cierto es que la resistencia popular comienza a pocos meses de la consagración electoral de 1958, y es sistemáticamente reprimida. Cuando las organizaciones populistas desmienten sus promesas precipitando la crisis económica de 1983 y cuadrándose con el proyecto “modernizador” del ajuste fondomonetarista, la sublevación de pobres al borde de la inanición del 27 de febrero de 1989 fractura irreversiblemente su base popular.

La máscara de la colaboración de clases con la cual los aparatos ideológicos de Estado intentan cubrir al país tampoco disimula la realidad de una represión ilegítima, masiva, brutal y persistente, tanto en lo cultural como en lo político. Contra las luchas sociales y la lucha armada de la segunda mitad del siglo XX en Venezuela los medios académicos y los de comunicación masiva han divulgado los infundios de que fueron voluntaristas, desvinculados de las masas, surgidos como imitación de la Revolución Cubana, insensatos por su falta de posibilidades de triunfo, desasistidos de legitimación ideológica y estériles.

La más somera verificación de los hechos revela, por el contrario, que la intensificación militante de las luchas sociales surgió en Venezuela como consecuencia de una profunda e insoluble crisis económica y social que ya había provocado en 1958 la caída de la dictadura neopositivista de Marcos Pérez Jiménez. Que fue la coalición gubernamental de colaboración de clases de socialdemócratas y socialcristianos la que primero recurrió a la violencia al reprimir sistemáticamente a sangre y fuego desde comienzos de 1959 las protestas pacíficas de trabajadores y estudiantes. Que el gobierno se deslegitimó al intentar enmendar la pérdida de su mayoría parlamentaria ilegalizando a los partidos opositores y secuestrando a sus dirigencias. Que cerró sistemáticamente a los sectores progresistas toda posibilidad de acción legal empujándolos a la clandestinidad mediante suspensiones de garantías que duraban años, confiscaciones y cierres de publicaciones, el encierro en campos de concen-

tración y el asesinato sistemático de sus militantes. Que en tales circunstancias la lucha armada fue un recurso de legítima defensa, el brazo organizado del reprimido auge de masas que vivía el país. Que sólo la falta de oportuna sincronización entre la insurrección popular urbana, los alzamientos militares progresistas y el movimiento guerrillero impidió la toma del poder. Que para frustrar ese formidable movimiento popular el populismo, apoyado por las agencias de seguridad de Estados Unidos, cometió sistemáticamente crímenes de lesa humanidad: el tiroteo contra manifestaciones desarmadas; la aniquilación y desaparición sistemática de opositores; la creación de campos de exterminio donde torturó y asesinó al margen de toda legalidad; el inconstitucional exilio de ciudadanos; el desplazamiento forzoso cuando no el exterminio de poblaciones completas en las áreas rurales; el bombardeo indiscriminado y la masacre de opositores rendidos. Que el sistema que así se defendía era inviable, como lo demostraron el colapso financiero de febrero de 1983 y la masiva insurrección popular contra la aplicación de un paquete del Fondo Monetario Internacional en 1989. Que en fin, aquellas luchas fueron el preámbulo y la condición necesaria del renovado auge de masas de los años noventa, prólogo y sustentación de una nueva vía para Venezuela y América Latina que se abre en el umbral del siglo XXI.

Una sublevación justa es grande en pensamientos, palabras y obras. Si asombrosas resultaron sus acciones contra una represión desproporcionada, no menos formidable fue en palabras y pensamientos. La concepción materialista y dialéctica dominó la segunda mitad del siglo XX venezolano. En lo ideológico, replanteó la interpretación de Marx y de nuestra Historia, impuso la ética del compromiso y formuló la teoría de la independencia. En lo estético, con medios precarios y a veces clandestinos desarrolló una literatura, un teatro, una cinematografía, una plástica, una música de la violencia. Contra esa insurrección cultural aplicó el populismo el soborno de los subsidios y las prebendas burocráticas. Pero ni renegados ni conversos han podido superar ni opacar el fulgor de aquellas décadas impecederas, que demostraron el Poder del Intelecto contra un Poder sin Intelecto.

De esa época quedan numerosas denuncias, polémicas, memorias, testimonios parciales como el desgarrador T03, *campamento antiguerrillero*, de Efraín Labana Cordero, o *Antes de que se me olvide*, de Alí Rodríguez (Rodríguez, 2012), o *Memorias del Frente Guerrillero José Antonio Páez*, compiladas por Hernán Abreu Abreu, (Abreu, 2012). Pero apenas empieza la redacción de trabajos fundamentales destinados a abarcar en su totalidad e integridad su drama colectivo.

Elia Oliveros ha iniciado esta indispensable labor con el primer tomo de *La lucha social y la lucha armada en Venezuela* (Oliveros: 2013), trabajo fundamental que organiza laboriosamente los hechos en un marco totalizante y abre caminos para la indagación y la profundización.

El sexto nudo que nuestra Historia debe cortar es el que intenta encubrir con el olvido casi medio siglo de protesta social, lucha armada e insurrección cultural que conducen directamente al proceso de nuestra contemporaneidad.

Del gendarme necesario al rentista necesario

¿Con qué nuevo mito masacrar retóricamente a las masas que se niegan a ser inmoladas? Evidentemente, con una descalificación que resuma y supere todas las anteriores. *El VIII Plan de la Nación* de 1990, calco de la Carta de Intención impuesta por el Fondo Monetario Internacional, dicta como consigna que “de una sociedad basada en el consumo incontrolado de la renta petrolera se pasará a una sociedad basada en el trabajo productivo y creativo”. Carlos Andrés Pérez hace suya la consigna en reiterativas declaraciones que predicán el paso “de la Venezuela rentista a la Venezuela productiva”. Articulistas de la revista *SIC* la corean como dogma: Raúl González Fabre repite que “la cuestión histórica en este momento es cómo pasar de una estructura económica rentista a una productiva”, y reitera que “el rentismo lo llevamos en la cultura” (“Para discutir el Proyecto Económico Nacional”; *SIC* septiembre-octubre 1994, p. 351).

Planificadores, demagogos e ideólogos hablan en este sentido el mismo lenguaje: el de la ignorancia. David Ricardo, creador del moderno concepto de renta en la ciencia económica, la define como “aquella porción del producto de la tierra, que es pagada al dueño por el uso de los originales e indestructibles poderes del suelo”. Sólo habría renta entonces por el uso, y no por la disposición, de poderes indestructibles, o sea, permanentes o renovables. En cuanto a las sumas pagadas por las minas, advierte Ricardo que “los metales, como las demás cosas, son obtenidas mediante el trabajo. La naturaleza, ciertamente, los produce, pero es el trabajo del hombre el que los extrae de las entrañas de la tierra, y los prepara para nuestro servicio” (Ricardo: 1971, 91.108). Por tales motivos, D. F. Maza Zavala advierte que “el ingreso petrolero no es una renta sino en buena medida, el producto de la liquidación de un activo patrimonial de la Nación venezolana” (Ponencia presentada en la Conversación en el Valle Grande de Mérida, mimeo, 1993).

Entiéndase bien: los equivocados calificativos de “rentista” y de “consumista” no los endilga el discurso dominante a quienes viven de los intereses de la Deuda, sino a quienes los pagan. No se tilda de “rentista” a la oligarquía neoliberal que endeuda al país, exporta 90.000 millones de dólares, huye con más de la mitad de los depósitos bancarios y se asigna sueldos que superan 75 veces a los de sus empleados. “Rentista” sería el pueblo que con su agotador trabajo la mantiene, recibiendo lo que Rafael Caldera llamó una vez “salarios de mano esclava”. A fin de garantizar que continúe haciéndolo, se lo culpabiliza para que acepte como natural el milagro de morirse de hambre mientras posee un océano de petróleo. O, como remacha González Fabre: “Sabemos que en un mundo competitivo, para protegernos del cual *no contamos ya con la renta*, nuestra cultura económica no basta para dar respuesta” (*Loc. Cit.* p. 352, cursivas nuestras). En otras palabras, para el articulista es un hecho que *no contamos ya con el ingreso proveniente del petróleo*: de una vez da por realizados los planes de entrega de la industria de los hidrocarburos al capital extranjero que para la fecha urdían las élites “modernizantes”. Pues, como señala Arturo Sosa Abascal, “durante todos estos años el país se ha debatido en la lucha por superar los efectos de la crisis del modelo rentista y formular un nuevo camino hacia el horizonte modernizador todavía compartido” (Sosa: “Modernización”, en *Diccionario de Historia de Venezuela, Fundación Polar*, Caracas, 2000).

Esta “modernización” que consistiría, según vemos, esencialmente en despojar al pueblo venezolano de su “renta” —léase, de sus hidrocarburos y del subsuelo que le pertenecen históricamente desde la Colonia, e incluso antes— puede requerir soluciones de pronóstico reservado. Según también advierte Arturo Sosa Abascal, “algunas tendencias se resignan a sacrificar ‘temporalmente’ la dimensión democrática de la transición a la nueva modernización, reconociendo la necesidad de un régimen político autoritario para conseguir los efectos del ajuste económico en un plazo breve” (*Loc. Cit.*). En una publicación del “Proyecto Pobreza”, Laura di Trollo indica que “se ha extendido la idea de que los regímenes autoritarios superan a los democráticos en la promoción del crecimiento económico” (“Instituciones más débiles, países más pobres”, en *Superar la pobreza*, encartado en *El Nacional*, 7 de junio de 2001, p. 12). Y aunque ambos autores admiten la alternativa de una “modernización” en democracia, no cabe duda de que ésta consistiría en el contrasentido de que el pueblo se despojara por propia voluntad de la mayoría de sus derechos sociales y económicos.

Se crea así, por operaciones sucesivas, un antagonismo entre el paradigma de modernización neoliberal, y un supuesto “rentismo”

que estigmatiza cualquier política de redistribución del producto social nutrido en parte por la venta de hidrocarburos. Si el mismo pueblo no instaaura el neoliberalismo “modernizante” que lo despoje de sus derechos, éste ha de ser forzado mediante “un régimen político autoritario”. Una vez más, la democracia política sólo debe existir para impedir la económica o social, y si falla en tal cometido, ha de ser sustituida por la dictadura. Un metadiscurso similar legitimó las hecatombes de la Conquista y la Colonia, las injusticias de la República oligárquica y la Federación, de las dictaduras positivistas y de los populismos. Otro parecido legitimó los despotismos de derecha, los genocidios y los retrocesos en política social en el Cono Sur, en los países andinos, en Centroamérica.

Turba y sociedad civil

Una vez más la eliminación física es anticipada por una aniquilación semiológica. El proyecto “modernizante” propulsado por “un régimen político autoritario” mostró su verdadera faz de violencia y represión durante las pocas horas de la dictadura de Carmona Estanga en abril de 2002. Éste fue legitimado de antemano y a posteriori por una lluvia de denuestos que pretende descalificar al pueblo por el origen étnico o social. En un ensayo publicado a principios de 2002 denuncié cómo los medios dividen a la población entre “sociedad civil”, por una parte, y por la otra “turbas”, “hordas”, “chusmas”, “alpargatudos”, “monos”, denigraciones que pasan progresivamente de la descalificación social a la étnica (“Turba y sociedad civil”, *El Nacional*, 2-3-02, A-5). Emilio Menéndez del Valle, embajador de España y eurodiputado socialista, señala que en el diario español *El País* “los ‘chavistas’ son normalmente descalificados como ‘lumpen’, ‘negros’, ignorantes, simples, gentes sin educación, algo que automáticamente se traslada a Chávez. Muchos en la clase media y las clases altas lo desprecian por razones materiales, socioeconómicas” (Citado en *Temas*, 7-8-03, p. 18).

Sobre el carácter contraproducente de tales expresiones a la hora de pedir el apoyo popular, denuncia Luz Mely Reyes que “el nexo no se rompe fácilmente y menos cuando quienes sueñan con arrebatar ese apoyo se dirigen a quienes lo profesan como pata en el suelo, tierrúos y bidentes (con sólo dos dientes)” (“Descubrir el agua tibia”, *Últimas Noticias* 20-7-03, p. 14). En forma más categórica todavía, denuncia José Sant Roz que “La violencia de los últimos tres años la han insuflado los medios. Nada subleva más que la mentira, que la infamia, la calumnia, la farsa reiterada, enfermiza y virulenta. Cuando *El Nacional*, el día 14 de octubre del 2002, llamó en su editorial, con bajeza inmundas, lumpen y miserables borrachitos con la carterita de ron en

el bolsillo, a la gente que el día anterior había asistido a la marcha de Chávez, estaba escupiendo a la cara de millones de personas decentes, humildes y trabajadoras de este país. Es así como *El Nacional* pasa a asumir un rol de Fuerza Armada” (“¿Van a ir a una guerra, los sifrinos que el 13A dejaron el pelero?” *La Razón*, 3-11-03, B-6).

Al Presidente electo, entre otros epítetos, se le asigna el de “micomandante” (Cit. por Milagros Socorro, *El Nacional*, 13-4-02.). Vimos que el mismo cotidiano editorializa posteriormente que en las concentraciones populares marcha “el lumpen de siempre, con sus carteritas llenas de aguardiente” (*El Nacional*, 14-10-02, A-5). Las organizaciones populares son calificadas de “círculos del terror”. Una crónica social abandona su gramática de la adulación para titular “Retrato hablado de una boda en palacio” a la reseña del matrimonio de una hija del Presidente electo, y acumular descalificaciones contra la “ralea de los personajes” asistentes. De una ministra se dice que “ha debido pasar toda la tarde en la peluquería, sometiendo su crespita fronda a los rigores del secador para lucir esa melena tan pelo lindo”. De un ministro, que estaba “gozando más que el negrito fullero”; de otra ministra “que bailó hasta tambor”; para reprobar luego “el día a día de un país marcado a fuego por el hierro de la diatriba, de la intolerancia, de los desequilibrios, de los odios azuzados como si enemigos fuéramos unos venezolanos contra otros” (Roland Carreño; *El Nacional*, 18-3-03, A-10).

Jesús García, presidente de la Fundación Afroamérica, denuncia como muestra de tales prácticas a “los graffiti que proliferan ‘en el este de la ciudad’, que comparan al presidente Hugo Chávez, al ministro de Educación del momento, Aristóbulo Istúriz y a sus seguidores, con ‘monos’, ‘macacos’ o ‘chimpancés’. También, a las expresiones que, sin ningún pudor, dicen y escriben políticos y comentaristas, principalmente de oposición, en televisión, radio y prensa”. Añade García que “la Red de Organizaciones Afrovenezolanas mantiene un observatorio que registra las prácticas racistas en el país y que ha documentado, durante el último año, más de 900 mensajes de discriminación en los medios. Han visto desde actores hasta periodistas llamar ‘mono blanco’ o ‘macaco’ a los funcionarios del Gobierno, pero García informa que han pedido la intervención de la Defensoría del Pueblo sólo en un caso: el del periódico *La Verdad*, de La Guaira. “Es necesario que no ‘racialice’ la confrontación política del país”, comenta (Marielba Núñez: “El racismo dejó de ser un mal chiste”, *El Nacional*, 29-6-03, A-12).

Agrega Marielba Núñez que “se trata de la nueva cara del racismo en los medios de comunicación del país, que ya en el pasado han

sido acusados de excluyentes. El investigador de la Universidad de Tokio, Jun Ishibashi, hizo un estudio en 2001 sobre la presencia de negros en medios masivos, en el marco del programa de becas UCV-Fundación Rockefeller. Encontró que, deliberadamente no se mostraban personas de fenotipo negro en la publicidad de vallas, televisión y cine, y que también estaban ausentes del certamen Miss Venezuela”. Quizá por ello la psicóloga social Soraya Ugueto apunta que “en televisión y publicidad a los negros se les sigue asociando con papeles de policía corrupto, sirvienta, bailaror de tambor” (*Loc. cit.*).

La finalidad de esta campaña consiste en capitalizar viejos prejuicios raciales y nuevas inseguridades de clases pudientes y sectores medios para el apoyo al derrocamiento violento del régimen electo. Con razón señala Amy Chua en *The New York Times*:

Hay también una dimensión étnica en la crisis de Venezuela. Como casi el 80 por ciento de la población venezolana, Chávez es un “pardo”, un término que define a la gente piel morena propia de los amerindios o a la de ascendencia africana. La economía de Venezuela siempre ha sido controlada por una minoría de blancos cosmopolitas o “mantuanos”, término venezolano para designar a las personas con características e ínfulas europeas (...) El Mercado concentra la riqueza en manos de la minoría mercado-dominante, mientras que la democracia aumenta el poder político de la mayoría empobrecida” (“Poder para los privilegiados”, republicado en *Temas*, 16-2-03, p. 12).

Mientras que otro observador del exterior, el analista del Consejo para Asuntos Hemisféricos Larry Byrns concluye:

Es también la oposición quien llama a los militares a amotinarse. Es la oposición la que utiliza su casi total control de los medios para difundir información falsa y una interpretación consistentemente incendiaria y parcializada de los hechos. Es la oposición y no el gobierno la que arriesga la vida de los venezolanos al promover enfrentamientos de calle y es la oposición la que está promoviendo la guerra de clases y el odio entre pobres y ricos (“Quemar la casa para eliminar el comején”, republicado en *Temas*, 16-1-03, p. 13).

La situación reviste tal gravedad que el canciller Roy Chaderton expone el 9 de junio de 2003 ante la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos reunida en Santiago de Chile que en Venezuela hay un “racismo abierto y descarado que me obliga a denunciar a varios medios venezolanos y a presentadores de televisión y periodistas por propiciar el odio y el desprecio racial entre

venezolanos. Me pregunto si no merece un mínimo de atención el hecho de que medios privados, al referirse a altas autoridades oficiales venezolanas de piel morena o negra, los llamen directamente ‘monos, macacos, chimpancés o monacales’. No encontrarán ustedes en Venezuela presentadores de noticias o anfitriones de programas de opinión de color negro o mestizo. En un país donde somos de todos colores y mezclas (...) no hay niños negros en los comerciales publicitarios. Sólo niños rubios” (*El Nacional*, 10-6-03, B-6). Hay que señalar que los medios de servicio público, alternativos y comunitarios subsanaron posteriormente esta discriminación incluyendo presentadores y anclas parecidos a los tipos étnicos predominantes en Venezuela, y que los canales privados opositores a la postre terminaron adoptando esta práctica.

Los medios, en fin, atribuyen por anticipado y sin pruebas los más diversos delitos a los simpatizantes del gobierno electo. Con motivo del secuestro del gobernador Calderón, *El Universal* prejuzga “aun cuando ningún grupo se ha atribuido el plagio, los investigadores aseguran que los autores son los miembros de la recién creada guerrilla prochavista, autodenominada Fuerzas Bolivarianas de Liberación. Se afirma que los bandoleros carecen de la logística necesaria para mantener en cautiverio por largos períodos a sus víctimas” (27-7-03). Lo que “los investigadores” comprueban a la postre y el secuestrado confirma explícitamente es que se trata de delincuentes comunes, sin ninguna vinculación política.

Tal situación evoca las más brutales prácticas de discriminación usuales en algunas naciones desarrolladas hace medio siglo, con una atroz diferencia: no son esgrimidas contra una minoría, sino contra la absoluta mayoría de los venezolanos. Una vez más, odio racial y aversión a la mayoría democrática se funden en aleación indisoluble. Cuando la Leyenda Negra suena, autoritarismos trae.

El último nudo a ser cortado para acceder a nuestra autocomprensión es entonces el de reseñar la actualidad como escenario donde emergen fuerzas sociales económicas, políticas e ideológicas trabadas en ininterrumpido debate desde nuestros más remotos orígenes. No esperemos a que los siglos decanten los hechos en recipientes de indiferencia u olvido. Atrevemos a historiar la contemporaneidad es asumir en su totalidad el drama colectivo.

FUENTES

Abreu, Hernán: *Memorias del Frente Guerrillero José Antonio Páez*, Fundación Editorial El Perro y la Rana, Caracas 2012.

Acosta, Cecilio: “Qué se debe entender por pueblo”, en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX*, Presidencia de la República, Caracas 1961.

Acosta Saignes, Miguel: *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, Casa de las Américas, La Habana, 1978.

Adriani, Alberto: *Textos escogidos; Biblioteca Ayacucho*, Caracas 1998, pp. 86-88.

Arcila Farías, Eduardo: *Economía colonial de Venezuela*, Tomos I y II; Italgráfica, Caracas, 1973.

Arellano Moreno, Antonio: *Orígenes de la economía venezolana*; Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela; Caracas, 1982.

Baralt, Rafael María y Ramón Díaz: *Resumen de Historia de Venezuela* T.1, Desclée de Brouwer, París 1939.

Brito Figueroa, Federico: *Historia económica y social de Venezuela*; Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968.

Britto García, Luis: *La máscara del poder: del Gendarme Necesario al Demócrata Necesario*. Caracas: Alfadil Ediciones, 1988. (Premio a la Investigación en Ciencias Sociales de la Asociación de Profesores de la Universidad Central de Venezuela, 1988). Tb: Caracas, Correo del Orinoco, 2011.

——— *El poder sin la máscara*; Alfadil, Caracas 1990.

——— *Demonios del mar: piratas y corsarios en Venezuela 1528-1727*. Caracas: Fundación V Centenario de Venezuela, 1999 (Premio Municipal de Literatura Mención Investigación Histórica 1999). Tb: Caracas, Fundación Herrera Luque, 2007.

——— *Señores del Caribe: indígenas, conquistadores y piratas en el mar colonial*: Fondo de Tradiciones Caraqueñas, Caracas, 2001. Tb. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

Caballero, Manuel: *Rómulo Betancourt, político de nación*; Alfadil Ediciones, Caracas, 2004.

Consejo de la Hispanidad: *Recopilación de Leyes de Indias*; Tomo I, Madrid, 1943.

Cortés, Santos Rodulfo (Comp.): *Antología documental de Venezuela, 1492-1900*, Editorial Pregón, Caracas, 1971.

Fortoul, Gil: *Historia constitucional de Venezuela*, Ediciones Bohemia, Caracas, s.d.

Gabaldón Márquez, Joaquín: *Muestrario de historiadores coloniales de Venezuela*; Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Caracas, 1948.

Gallegos, Rómulo: *Una posición en la vida*; Humanismo, México, 1954.

Oliveros, Elia: *La lucha social y la lucha armada en Venezuela Defensoría del Pueblo*, Caracas, 2013.

Ricardo, David: *Principles of Political Economy and Taxation*, Penguin Books, Middlesex, 197.

Rodríguez Araque, Alí, y Rosa Miriam Elizalde: *Antes de que se me olvide*, Editora Política, La Habana, 2012.

Salcedo Bastardo: *Historia fundamental de Venezuela*; EBUCV, Caracas 1969.

Sant Roz, José: *Betancourt, próconsul imperial*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 2010.

Sosa Abascal, Arturo: “*Modernización*” en: *Diccionario de Historia de Venezuela (Volumen II)*; Fundación Polar, Caracas 1988.

Vallenilla Lanz, Laureano: *Cesarismo democrático*; Ediciones Bohemia, Caracas, s.d.

Las fuentes hemerográficas están indicadas en el cuerpo del texto.

